

do de este modo el golpe de vista y la disciplina de los músculos.

En una palabra, trabajamos en la cultura física sin ninguna especialidad, pero no sin atisbar lo que manifiesta en el sujeto una aptitud especial. Por lo que he podido observar, Simona está dotada de una agilidad de cabra para trepar por los riscos más ásperos; en caso necesario sería una excelente alpinista. Tu hijo, menos ágil, tiene un golpe de vista y unos movimientos de rara seguridad: será un buen tirador de pistola y de esgrima. Los dos se atreven ya a cualquier cosa confiando en sus músculos.

Un sentimiento que yo me esfuerzo de desarrollar en ellos, porque es útil, es lo que pudiéramos llamar «el sentido del record». El record, idea moderna, excelente y moralizadora, es la idea de que siempre se puede intentar mejorar al vecino, y, sobre todo, que hoy se puede hacer mejor lo que se hizo ayêr. Es una idea moralizadora, porque es todo lo contrario del orgullo. El día que Pedrito saltó una anchura de tres metros, no estaba más que medianamente orgulloso, porque pensaba que Simona podía saltar tres metros diez centímetros; o se imaginaba a sí mismo batiendo su propio record.

Llevamos un minucioso registro de nuestros records: velocidad en la marcha, distancia, pesos levantados, agilidad, fuerza o destreza. Uno de los mejores efectos de una educación física bien conducida, es la familiaridad del niño con esta idea del record. Es útil para la cultura de los miembros, y más tarde lo será para la cultura del espíritu.

CARTA DECIMOQUINTA

Hasta que el niño sabe leer y escribir lo mismo que hablar, debe proseguirse la enseñanza oral.— Los dos secretos, son: no enseñar nada «en el aire» y «enseñar siempre la misma cosa».—Lo que es saber leer y escribir.—¿Cómo aprender?—El libro de clase.—«Puer unius libri».—El libro tiene que crecer al mismo tiempo que el niño.

Mientras el libro, mi querida sobrina, no es para el niño un interlocutor inmediato que le habla como una persona viva; mientras exige de él cierto esfuerzo previo, prefiero la palabra.

Hasta que Pedro y Simona no sepan leer perfectamente, el procedimiento oral seguirá siendo nuestro principal instrumento de educación.

Nuestro programa actual es éste:

La continuación de la enseñanza oral; el perfeccionamiento de la lectura y la escritura.

Continuamos la enseñanza oral tal como la practicábamos antes de abordar la lectura y la escritura. Enseñanza realista, ante todo, en el sentido de que se basa en realidades vecinas, y que no enseña nada «en el aire», es decir, sin enseñar los objetos al niño, sin ponerle en contacto directo con cada noción nueva. Ese es el primer

secreto de una buena enseñanza infantil. El segundo, es enseñar «siempre la misma cosa», modificando solamente la intensidad y la extensión de la enseñanza.

Empecemos por explicar el primer secreto: no enseñar nada «en el aire».

Ya te he dicho cómo concibo la lección inicial de la geografía: dibujar en el encerado el plano del cuarto de estudio, con un punto que marque el sitio ocupado por el niño y otro punto marcando el sitio que ocupe el profesor...

Asimismo, la primera lección de aritmética debe empezar haciendo poner al niño sus dos manos abiertas. Sus diez dedos son—para él—la base del sistema de numeración...

Axioma. Todo lo que se enseñe al niño debe tener por centro al niño mismo, y unirse a ese centro por una cadena continua de nociones adquiridas.

El segundo secreto, te decía, es enseñar a los niños «siempre la misma cosa». Fórmula resumida que necesita ser comentada.

Por ejemplo, me parece absurdo enseñar a un niño de once años la historia de Egipto y Persia, y después, al año siguiente, cuando tiene doce, la historia de Francia hasta 1610. El resultado de esta enseñanza desordenada es un caos horroroso. Lo mismo que si él aprende la geografía de Africa a los diez años, y la de Francia a los once ¿Cómo evitar este atascadero?

Enseñando, como te decía, «siempre la misma cosa». Quiero decir que en cada rama de enseñanza hay que procurar llevar al niño de una vez al extremo de la rama. Primera lección de geografía: «Tú estás en tu casa y a tu alrededor está la tierra: mira tu sitio en este mapamundi...»

Segunda lección: «Tú estás en tu casa. Al tu alrededor, la calle, la ciudad, etc... Alrededor de eso, la tierra...» Décima lección, por ejemplo: «Tú estás en tu casa, la casa en la ciudad, la ciudad en la provincia, la provincia en Francia... Francia en el mundo, que está formado por mares, continentes... etc.» ¿Comprendes, Francisca? Cada lección está «situada» en la de la víspera y contiene la del día siguiente. Lo mismo con la historia, con el cálculo, con la gramática y con todo. El procedimiento es adaptable a cualquier orden de enseñanza.

No me objetes que llega un momento en que la cantidad de nociones enseñadas se desbordan del cuadro de una sola lección, y hasta de las horas consagradas a la historia o a la geografía. Es cierto. Hacia el final de los estudios secundarios, para profundizar hay que seccionar la enseñanza de una misma ciencia. Pero entonces esa división «ya no es peligrosa»; el alumno conoce los puntos de unión y los principales eslabones de la cadena. Cuando Simona y Pedro tengan quince años, ya será distinto; pero tienen ocho por ahora; enseñémosles siempre la «misma cosa». Es el procedimiento de la naturaleza. La naturaleza ofrece todos los años a las miradas del niño el mismo espectáculo, y sus miradas van viendo poco a poco con más claridad y profundizando más en el espectáculo de la naturaleza...

Gracias a nuestra enseñanza, calcada sobre la de la naturaleza, Pedro y Simona han grabado ya en sus espíritus imágenes totales del mundo, de la historia, de la lengua francesa, del cálculo, etc. Es inútil añadir que esas imágenes totales son extraordinariamente simplificadas, reducidas a una especie de «esquema». Pero son totales, y,

todo lo que se les enseña después, se instala en el sitio que le corresponde. No saben nada de Chilperico: pero saben en qué tiempos históricos empieza la vida de su país. Ven a Francia como a una persona viva, nacida en tal época y de tal descendencia, que ha manifestado tal carácter, sostenido luchas con otras personas llamadas Inglaterra o Italia, y que ocupa hoy tal sitio en el conjunto de los pueblos... Igualmente, tampoco cometería yo la imbecilidad criminal de presentarles a resolver este problema: dividir 593.945 por 8.251. Pero con un juego de pequeños cubos han manejado ya el dividendo, divisor y cociente, y hecho con «los ojos de los dedos» todas las operaciones esenciales del cálculo.

«Enseñar las cosas directamente sin interponer «el signo convencional» (cifra, palabra escrita o libro) entre las cosas y el niño, hasta que está familiarizado por un lado con las cosas y por otro con los signos.»

* * *

Mucho tiempo después de que el niño dice «sé leer», y de que sus padres o sus maestros dicen: «Sabe leer», continúa el niño comprendiendo mejor la enseñanza oral que la escrita... Y es que, en realidad, aún no «sabe» leer y escribir; los signos no le son todavía tan familiares como la palabra. ¿Cómo apresurar el momento en que sepa realmente leer y escribir?

El peligro de la página leída o de la página escrita es que el niño fije mal su atención. De cada diez, no hay un niño que haga un trabajo admisible frente a frente con «la página». Yo he hecho

la experiencia sobre Simona y Pedrito, y eso que la facultad de atención de estos niños está más agudizada que la de otros de su misma edad.

Para forzar la atención del niño en la lectura y escritura, no veo más que un medio. Que no lea sino en voz alta, y que no escriba sin ir pronunciando, también en voz alta, las letras, las palabras y la puntuación.

Además de la enorme ventaja que reporta el que la atención se fije así, sin posibilidades de fulleras, la lectura y la escritura toman para el niño ese carácter de «realidad» tan importante en la educación. Además, otra ventaja: escribiendo «en alta voz» aprende, simultáneamente, la ortografía. Y, por último, la memoria tiene más seguridad de conservar la frase, si le entra por los ojos, el oído y el juego muscular de la pronunciación.

—¿Y si se les enseña lectura y escritura a varios niños a la vez?

—Claro está que todos juntos no podrán hablar. Pero si alternándose; un alumno lee una frase, el otro la siguiente y después todos a coro. Pero sólo se estará seguro de la atención del que lea y escriba en alta voz. Por eso, no se puede enseñar a leer y escribir rápida y perfectamente nada más que a dos niños al mismo tiempo.

Gracias a nuestro método, querida sobrina, llegará un día en que Simona y Pedrito leerán y escribirán tan fácilmente como comprenden la palabra y como hablan.

Entonces será cuando el libro tome un lugar preponderante en su enseñanza.

Pero, ¿qué libro?

Si me has seguido bien hasta aquí, mi inteli-

gente sobrina, habrás comprendido, seguramente, que yo procuro ante todo administrar el esfuerzo del niño enseñándole las cosas lentamente, pero de una vez para siempre. Guío su joven espíritu como se guían las ramas de un árbol frutal, evitando que tenga demasiadas hojas y hasta demasiados frutos. Por eso me indigna ver en manos de un niño que está bajo la enseñanza primaria, tres o cuatro gramáticas francesas sucesivas; siete u ocho geografías y una docena de historias. ¿Es para favorecer a los libreros? Yo estimo mucho a esos señores, pero no quiero sacrificar a sus intereses los cerebros de los niños.

Por lo tanto, a los libros consagrados a la instrucción de Pedrito y Simona, les exigiré que sigan el sistema de progresión continua de nuestra enseñanza real. Primero una gramática muy elemental; al año siguiente la «misma» gramática, un poco más ampliada. Y así hasta el libro completo correspondiente a los conocimientos íntegros de la gramática, pero que será siempre «el mismo libro». Igualmente con la historia, la geografía, la aritmética, etc.

—Pero—me objetarán—, ¿existen esos libros?

Confieso que hay pocos que estén bien hechos, pero siendo de ampliación progresiva, basta para que tengan una singular fuerza de enseñanza. Porque en un espíritu joven, el cambio frecuente de alimentación intelectual produce un desorden lastimoso. El niño, más que el hombre, debe ser: «unius libri».

En definitiva, el único libro útil es el que va creciendo al par que el niño, como un pequeño compañero.

CARTA DECIMOSEXTA

Las maneras, la elegancia, el acento.—Elegancia del cuerpo.—La limpieza es una semivirtud.—Lo que hace más falta.—Gracia física del niño: cómo se la desarrolla.—Las aptitudes.—La indumentaria.—La coquetería.—Elegancia intelectual.—El espíritu, don divino.—Elegancia del ambiente escolar.—Ni exagerados, ni pedantes.

Un niño de diez años (o niña), robusto y ágil de miembros; acostumbrado al trabajo intelectual, sin exceso, pero exactamente metódico; cuya sensibilidad no esté atrofiada por los mismos ni cohibida por un régimen demasiado severo; que tenga corazón en los dos bellos sentidos de la palabra: bondad y valor, ¿no te parece, querida sobrina, que es un resultado del que puede enorgullecerse el educador?

Pues bien, no es bastante.

Queremos más.

Queremos que nuestros educandos posean esas cualidades, pero también que las lleven de manera de realzarlas, por decirlo así.

Para esto que quiero expresar, no hay ninguna palabra verdaderamente apropiada; hay una un poco débil: «la manera». Hay también otra, pero